

el grado de amor que sintiese por su hija; y otras cosas á este tenor. Pasados algunos instantes de llanto y quejas, consultó la joven el reloj, y exclamó:

—Me voy, porque tengo un quehacer urgente; pero volveré pronto. Señora, pida usted por mí y quiera mucho á mi hija: Dios se lo pagará.

Y enjugándose los ojos, y volviendo los pendientes á las orejas y los anillos á los hermosos y afilados dedos, se marchó con paso febril y precipitado. Fué la vez única que dió Teodosia noticia de sí, durante la vida de su hija. A pesar de sus buenos propósitos, no volvió jamás al Hospicio, ni llegó á escribir á sor Ignacia, ni tornó á informarse de Berta. ¿Qué suerte le correría? Nadie lo supo: se perdió en la vorágine del mundo, como débil barca en tempestad deshecha. ¿Llevóla su vida aventurera á país remoto de donde no pudo volver? ¿La sorprendió la muerte antes de realizar sus buenos deseos? ¿Acabó la corrupción de ganar su alma y se olvidó por fin hasta de su misma hija? Nunca logró sor Ignacia averiguarlo, y en cuanto á Berta, no llegó á saber ni aun el nombre de la infeliz criatura que le había dado el ser, pues todo se lo ocultó cuidadosamente la madre superiora.

VIII

Se salva el Hospicio.

Acababa de salir Teodosia, cuando llegó corriendo Estéfana con rostro tal de azoramiento, y paso tan apresurado, que la superiora, alarmada, la interrogó desde lejos diciéndole:

—¿Qué ocurre, mujer, qué pasa?

—Un piquete de soldados acaba de tomar posesión del pórtico y pretende hacerse fuerte aquí para batir á los de la plaza.

Sor Ignacia se puso lívida al oír la noticia.

—¡Dios mío! exclamó; ¡convertir esta santa casa en lugar de combate! Eso no puede ser. . . . El general en jefe de la línea me ha ofrecido respetarla.

—Salga usted, señora, y lo verá con sus propios ojos.

Y echó á andar Estéfana seguida por sor Ignacia. Iban á la mitad del camino, cuando sonaron los primeros disparos. La superiora echó á correr y pronto llegó á la portería. Al abrir el portón, se hizo cargo de lo que pasaba: un pelotón como de doscientos hombres se había posesionado, en efecto, de aquel lugar, y se preparaba á levantar trincheras, entretanto que algunos soldados impacientes disparaban sus fusiles sobre los puntos elevados de la ciu-

dad, guareciéndose detrás de las columnas.

—¡No permita Dios, exclamó dirigiéndose al pelotón, que el Hospicio sea convertido en teatro de guerra! ¿Qué sería de nosotros, si los fuegos de la ciudad se dirigiesen sobre este lugar?

Los soldados se hicieron los sordos y siguieron en la faena.

—¿Con quién puedo entenderme? preguntó.

—Con el capitán de la compañía, repuso un sargento mejor educado.

—¿Quién es?

—Mi capitán Blasio.

—¿Me hiciera usted el favor de rogarle que me oyese unas palabras?

—No tengo inconveniente.

Fué el sargento en solicitud del capitán, y no tardó en volver en compañía de Blasio, que era un joven de fisonomía simpática.

—Capitán, le dijo al verle sor Ignacia, el Hospicio no debe ser convertido en campo de lucha.

—Señora, repuso el capitán cortesmente, mucho lo siento; pero la orden es terminante. Mi coronel me ha mandado tomar posesión de este punto.

—¿Es posible? interrogó la superiora. ¿De quién dice usted ha recibido la orden?

—De mi coronel.

—¿El coronel?...

—Mi coronel Carrasco.

—Pero señor, replicó sor Ignacia confundida; no puedo entender lo que pasa. El General González Ortega, que manda esta línea, me había ofrecido no comprender el Hospicio en el plan de sus operaciones.

—Siendo así, señora, tiene usted razón para confundirse, porque mi general nunca falta á su palabra. ¿Tiene usted alguna prueba de su promesa?

—Sí, señor, una carta que me envió en contestación á la súplica que le dirigí por escrito.

—¿Puede usted enseñármela?

—Con mucho gusto; voy á traerla.

Sor Ignacia entró á buscar el papel, volando casi, pues sabía que cada instante de retardo podía ser de graves consecuencias. A poco volvió.

—Mire usted, dijo á Blasio, mostrándole la carta.

—En efecto, repuso el capitán después de haberse enterado de su contenido; es clara y formal. No hay más que una explicación posible: que mi coronel no haya recibido la orden. ¿Quiere usted prestármela unos momentos? Voy á mostrarla á mi coronel; no será difícil que así se arregle todo.

—Con mucho gusto; tómelas y vaya pronto, si me hace el favor. Y dígame, señor capitán ¿no podría ordenar que entretanto va y vuelve, no siguiesen los disparos?

—No tengo inconveniente.

Blasio, pues, dió orden de que cesase el fuego; y se marchó en busca de su jefe. La superiora quedó, entretanto, presa de viva ansiedad.

—No quiera Dios, decía para sí, que esta imprudencia nos sea fatal.

Desgraciadamente, muy á poco, y en justas represalias, los soldados de la guarnición comenzaron á hacer blanco en el pórtico.

—¡Jesús nos ampare! decía sor Ignacia fuera de sí ¿A dónde irá á parar esto?

Los defensores de la plaza, provocados por el fuego anterior, menudeaban sus tiros, y entraban ya por todas partes los proyectiles, abriendo estrías horizontales en el revestimiento de las columnas, desportillando el arquitrabe, rebotando por el embaldosado y hundiéndose en las paredes.

—¡Dios mío! gemía la superiora; mientras continúen aquí los soldados, no hay esperanza de remedio. ¡Cuánto tarda el capitán!

En realidad tardó poco, pues fué y volvió corriendo.

—¿Y bien? preguntóle ella con ansiedad. ¿Qué dice el coronel?

—Que se obedezca á mi general, repuso Blasio; ha sido una equivocación. La orden estaba dada, pero se había traspapelado. En un momento la encontramos. . . . Dice lo mismo que la carta.

—¡Bendito sea Dios! murmuró sor Ignacia levantando las manos al cielo.

—Muchachos, gritó el capitán dirigiéndose á los soldados; ¡á recoger las armas y á marcharnos, de orden del coronel!

Con toda la prisa deseable, desalojó el local la compañía, bajo la vigilancia del capitán, quien se despidió de la superiora.

—¡Ojalá, repetía sor Ignacia, en los momentos de cerrar el portón, ojalá este error no tenga consecuencias!

Pero las tuvo, pues los disparos habían continuado, y comenzaron á poco á tronar los cañonazos. Granadas de encendidas espoletas pasaban girando sobre las azoteas; no tardó en caer la primera en el patio principal, donde estalló con gran estruendo, derribando los hermosos pinos recortados que sombreaban los arriates, haciendo en el suelo un profundo hoyo, y desconchando muros y columnas con sus terribles fragmentos. Casi al mismo tiempo, cayó otra en el corral de los lavaderos, y alcanzó en un hombro á una de las asiladas, que enjabonaba la ropa de la casa.

Los estallidos resonaron por el edificio como la trompeta del juicio final. Desparovido el enjambre recluso, corría por todas partes buscando refugio contra los proyectiles, y como el fragor parecía aumentar de intensidad de momento á momento, la alarma fué degenerando en azoramiento y en pánico, hasta privar de pen-

samiento y reflexión á aquellas miserables gentes. Aun las mismas hermanas habían perdido la serenidad y corrían con ancianos, jóvenes y niños sin saber para dónde, pasando de un patio á otro, y de allí á los refectorios y dormitorios, sin creerse á salvo en ninguna parte.

De los grupos salían voces que decían:

—¡Ha caído una bomba en el patio de los niños!

—¡Acaba de entrar una bala en el dormitorio de los ancianos!

—¡Se ha desplomado una barda en el patio del colegio!

—Una bomba ha perforado el techo de la enfermería!

Muchas de aquellas especies no eran más que aprensiones del terror ó exageraciones de la fantasía. Como quiera que fuese, el establecimiento presentaba el aspecto de una plaza poco antes de ser pasada á cuchillo; y ni las ovejas cuando hace el lobo irrupción en el rebaño, corren, gritan, ni tiemblan tanto, como aquella muchedumbre de religiosas y menesterosos dominados por el espanto. Sólo sor Ignacia había sabido conservar su presencia de espíritu. Una vez llegada la hora del peligro, recobró la serenidad y no pensó ya sino en dictar las medidas necesarias para acudir al remedio. Comprendiendo que nada era más peligroso que correr al acaso, cruzando por los patios, chocando contra los muros y

aglomerándose en todas partes, dió órdenes precisas para que cesase el tumulto, y procedió á recluir en los sitios que estimó mejor defendidos, aquellas greyes aterradas, que no sabían de sí ni eran capaces de atender á su propia defensa. Anduvo así correteando por todos los ámbitos del edificio para aquietar y hacer entrar á todos en orden, y para que quedasen desiertos los patios y despejados los corredores. Pero estaba de Dios que su espíritu no tuviese reposo, pues, apenas concluída esta faena, se le acercó la hermana sacristana, lívida y temblorosa.

—¡Sor Ignacia, le dijo, los cañones están haciendo puntería sobre la cúpula de la capilla!

La superiora se estremeció de pies á cabeza al oírlo, pues nada había que tanto amase en el edificio como aquella cúpula airosa, que, sobre voladas pechinas se elevaba á los aires sostenida por delicada arquería y graciosa y esbelta columnata. ¡Cuántas veces la buena madre, mientras rezaba arrodillada ante el altar, debajo de aquel hermoso dombo, se había extasiado contemplando las bellezas de la construcción, orgullosa de poder mostrar á extranjeros y visitantes esa obra maestra del arte! ¡Cuántas, al elevar el espíritu á Dios rogando por aquella santa casa, le había parecido ver que se alzaba la cúpula por las nubes, hasta confundirse con el azul mismo de los cielos! Y su espíritu

absorto había creído encontrar allá, en las alturas misteriosas donde no alcanza el ojo humano, al Dios bueno, invisible y misterioso que vela sobre toda criatura, lo mismo sobre el águila que hiende el espacio y se encara con el sol, que sobre el reptil que se arrastra invisible por el suelo; lo mismo sobre el inmenso astro, gala del firmamento, que sobre la infinitesimal molécula, que boga perdida en el espacio. No, aquella maravilla no podía ser tocada, no debía ser herida. Debajo de ella, estaban el ara santa, el altar donde día á día se renovaba el Sacrificio del Calvario, y el santuario bendito donde se ocultaba la Divina Hostia, el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, reducido á blancas y puras especies, como el sol deslumbrantes en manos del sacerdote ó en los labios del creyente. Vió el horror producido por la destrucción de aquella regia techumbre: los escombros cayendo sobre el obelisco, las bombas haciendo explosión dentro del sagrado recinto, el ara rota y profanada, violado el santuario, el sagrado copón y las blancas Formas entre los escombros.... Nó, aquello no podía ser; era preciso evitarlo. Y maquinalmente, vueltos los ojos al cielo y enclavijadas las manos, murmuró:

—¿Qué hacer, Dios mío?

La hermana sacristana no hizo más que repetir:

—¿Qué hacemos, sor Ignacia?

La superiora oró fervorosamente en su interior:

—Señor, dijo, soy una débil mujer sin recurso humano para defender tu casa, tu altar, tu santuario; pero si desde lo alto de tu trono quieres protegerme, alcanzaré lo que no podría lograr un ejército numeroso.

Sus ideas, vagas al principio, se fueron esclareciendo lentamente.

—Si hay algún remedio, será éste, pensó; y si no lo hay, que haga Dios de mí lo que le plazca.

Trazado su proyecto, ordenó á la sacristana fuese por todos los salones á ordenar que se rezase un rosario con letanía y Magnífica por su intención; y momentos después, resonaba el edificio con el coro patético de la plegaria. El peligro común, el estallido de los proyectiles y la proximidad de la muerte, inspiraban á aquellos corazones afligidos una unción muy sincera; y el ruego se levantaba vibrante y conmovedor hasta el trono de Dios, implorando misericordia. Entretanto, y en medio del espanto y la soledad del vasto edificio, subió sor Ignacia por la empinada escalera que conducía á la anchurosa azotea, y una vez arriba, adelantó sin titubear, á pesar del silbido de las balas, hasta el arranque de la cúpula. Destacábase ésta como pequeña colina sobre la nivelada llanura de los techos, tersa, redonda, más alta é imponente de cerca, de lo que se

hubiera pensado al verla desde lejos. Era la primera vez que la superiora la miraba á aquella distancia, y le pareció enorme, casi inaccesible. Sin embargo, necesitaba llegar hasta su tope, pues á eso había venido; pero ¿cómo? Varias veces había visto á los operarios encaramados en lo más alto de la linternilla, y se había maravillado de su arrojo; pero por donde ellos iban, podría ir también ella. Rodeó, pues, la bóveda en busca de la escalinata, que halló al fin: era estrecha, minúscula, sin balaustrada, peligrosa y difícil; una especie de sierra de caimán erigida sobre una joroba de piedra. ¿Podría subir? Tal vez no. Si lo lograba, sería con sumo trabajo, y lo más seguro sería que rodase al intentarlo. Nunca había tenido la cabeza firme, y con facilidad sentía el vértigo de las alturas; pero no había remedio: era forzoso atreverse. Y fué ascendiendo por la grade-
ría, echada de bruces sobre las piedras abrasadas por el sol y agarrándose á ellas con mano animosa; y poco á poco, sin saber cómo, fué avanzando hasta llegar á la cima. Una vez allí, todo lo halló fácil: se asió con ambas manos á las columnas de la linternilla, y se levantó pausadamente; tanteó con calma la manera de no resbalar por aquella base esférica, y se colocó arriba, en lo más alto, de frente á la ciudad.

Era el medio día; no había ni una nube en el espacio, y un sol de fuego brillaba

en el meridiano. La transparencia de la atmósfera permitía ver con precisión los objetos distantes, y á favor de aquel ambiente diáfano y espléndido, se destacó la figura de la religiosa con absoluta claridad sobre la altura: bajo ella la cúpula, á su espalda el templete, y más arriba, sobre su cabeza, la blanca estatua de la Caridad. ¡Admirable conjunto!

Desde aquel grandioso pedestal, dirigió sor Ignacia la mirada hacia adelante, y elevó al cielo ambas manos, toda de azul y blanco, como el cielo y las nubes. Y esto era lo que quería decir con aquella actitud:

—Héme aquí: soy guardián y custodia de esta casa, y vengo á interponerme entre vosotros y este asilo de la orfandad y de la pobreza. Descargad sobre mí vuestros fusiles y cañones.

Y significaba también:

—¡Tened piedad de los desgraciados! ¡Aquí no hay enemigos que combatir, sino infelices que compadecer! Miradme: soy bandera blanca, mensajera de paz y abogada de perdón. Doleos de los pequeños, respetad su refugio; os lo suplico en nombre de la humanidad y del dolor.

La religiosa parecía trasfigurada. Los blancos extremos de su dura y nitida corneta, semejaban alas de querubín moviéndose en el espacio; sus negros ojos de singular belleza y poder, chispeaban bajo sus negras y profundas cejas; había en su

rostro moreno una expresión de beatitud conmovedora; y la actitud de sus blancas y hermosas manos elevadas al cielo, era por sí misma una plegaria patética.

De pronto arreciaron los disparos, como atraídos por aquel blanco provocativo: algunos proyectiles se clavaron en el templete y otros desportillaron las bardas; pero sor Ignacia no abandonó por eso, ni el sitio ni la actitud que había tomado. Siguió esperando..... ¿Qué? Acaso la muerte; acaso ella misma no sabía lo que esperaba.

Y entretanto, hacía oración diciendo:

—¡Señor, protege tu casa, sálvala de la destrucción, aun cuando sea con sacrificio de mi vida!

Pero las balas dijeron sin duda, “no tocarémos esa frente inmaculada,” y la metralla, “no destrozaremos ese cuerpo de virgen;” pues la superiora resultó tan ilesa de la prueba, como si un ángel la hubiese cubierto con sus alas.

La persistencia de aquella figura inmóvil é invulnerable sobre la cúpula, obligó á los jefes de la plaza á tomar los catalejos y examinar cuidadosamente el objeto; y al descubrir asombrados que la figura blanca y azul que se destacaba en la altura, era la de una hermana de la Caridad, la de una protectora de los huérfanos y los pobres, interpretaron claramente lo que significaban su heroica abnegación y

su mudo ruego, y mandaron callar á los fusiles, é impusieron silencio á los cañones, y nunca más de allí en adelante, volvió á servir de blanco á los combatientes, aquel edificio erigido por el amor y resguardado por la súplica.

 IX.

El Colegio.

Concluídos los estudios primarios, pasó Berta al colegio de señoritas del Hospicio, donde recibió una educación esmerada, al lado de las más ricas y principales jóvenes de Fópoli; pues en aquel tiempo no había en toda la ciudad enseñanza como la que allí se impartía, y las familias más empingorotadas, no se desdaban de que sus hijas hiciesen sus estudios al lado de las huérfanas y expóstitas.

Pronto se echó de ver que la naturaleza había dotado á Berta de una voz excepcional, por su timbre y dulzura; por lo que, sin perjuicio de sus otros estudios, recibió lecciones de vocalización y solfeo, no sólo para que cantase en la capilla á la hora del rosario ó durante el “Mes de María,” sino también para lucir en actos públicos y prestigiar al establecimiento. Mas,